

Vincent en *Collateral*, manifiesta la atención de Mann por la pura exterioridad de sus personajes.

Tensada por la dialéctica entre la amenaza y la acción, *Enemigos públicos* hilvana una serie de situaciones arquetípicas del relato criminal a partir de la apertura de la secuencia hacia el horizonte de otro género. Desde la fuga de prisión que abre la película hasta los diferentes estadios que puntúan la relación amorosa entre Dillinger y Frechette (Marion Cotillard), género negro y western se entrecruzan para subrayar el carácter intempestivo, fuera de época, que hace de Dillinger un personaje paradójicamente contemporáneo, capaz de mirar la oscuridad con la que el crimen organizado comenzaba a dejar vacío su centro, a identificar su dinámica con la del capitalismo en una época, los años treinta, que se revela como la fase final del enfrentamiento entre la cultura puritana y la productivo-consumista.

Si el cine de gánsters, la *crook story*, reencuentra, sobre la aspereza del asfalto, el tema balzaquiano

Michael Mann, con 'Enemigos públicos', explora hasta el final las posibilidades del vídeo de alta definición

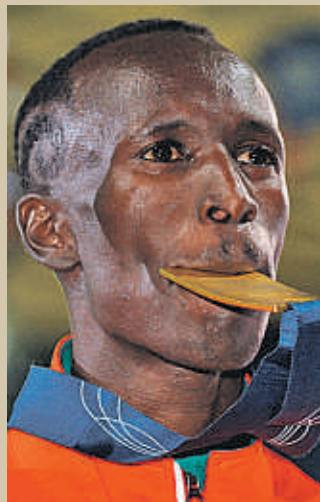
del vínculo entre ascenso y secreto, en manos de Mann la identidad de Dillinger aparece como pura superficie, un *stimmung* expuesto a lo abierto y, por consiguiente, frágil sin apenas lugar para el sacrificio, el romance o la culpa. Con la pérdida de opacidad en la relación entre la vida pública y el rol secreto del gánster, *Enemigos públicos* no sólo sitúa a Dillinger junto a Jessie James, Butch Cassidy o el Sundance Kid, sino que se sitúa entre la búsqueda de un nuevo edén propia del western y la comprensión del género negro como la colisión ética entre el acto criminal y la ausencia de sujeto.

En tanto que la cifra de la *crook story* es la recursividad que conduce a la tragedia, a finales como los de *Scarface*, *El último refugio* y *The Roaring Twenties*, Mann aísla la pasión del criminal del universo hermético del género negro y utiliza el vídeo como deixis histórica.

A partir del libro original de B. Burrough *Public enemies*, que sigue las vidas de Baby Face Nelson, Ma Barker o Bonnie y Clyde, Mann explora el desencuentro entre el medio histórico y un mito que no delimita una excepción fundadora, como el Eddie Bartlett de *The Roaring Twenties*, sino tan sólo el instante eterno de una vida al margen de la ley, como la de Dillinger, acallada el 22 de julio de 1934, al salir del cine, a una señal de Melvin Purvis, que encendió con calma un cigarro para indicar la posición del futuro cadáver. |



1. UNA NUEVA ERA Rafael Nadal fue uno de los primeros deportistas en forjar el ícono de morder la medalla ganada, tanto en las olimpiadas de Pekín 2008 como en sus victorias del circuito tenístico. Su gesto provocador irrumpe en un deporte donde las formas aún importan. El individualismo del tenis es una plataforma ideal para lanzar este mensaje implícito: esto es mío y soy insaciable



3. EL RITO El keniano Ezekiel Kemboi se incrusta la medalla de los 3.000 metros en los labios, como el ritual de la tribu Mursi, en la frontera de Etiopía con Kenia



4. EL MARKETING Paula Klamburg, Alba Cabello, Margalida Crespi y Thais Henríquez exhiben la medalla de oro del Campeonato Mundial de natación sincronizada 2009. Una de ellas muerde la medalla, las otras aún no. La que lo hace ya conoce la ley del marketing

2. TARJETA ORO Marta Domínguez muerde esta medalla de oro rectangular como campeona de los 3.000 metros en el Mundial de atletismo de Berlín 2009



Iconofilias

Esto ya nadie me lo quita

JORDI BALLÓ

Los deportistas vencedores muerden su medalla dorada. ¿Tienen ganas de comer? Más bien uno diría que lo hacen para demostrar propiedad, como si el gusto del metal en la boca asegurara la pertenencia. A diferencia de la bandera, la medalla es de uno y de nadie más, aunque se haya conseguido en un deporte de equipo. Y esta medalla, que suele ser de oro, pero no sólo de oro, tiene algo de pasaporte para una vida mejor. Se muerde la medalla para asegurarse la fama de lo ya conseguido y para avisar de que el hambre continúa. Y que nadie puede mandar a parar.

Este gesto se está imponiendo a pasos agigantados. La primera vez que me fijé en él fue con Rafael Nadal, que se puso a morder lo metálico, fuera medalla o copa, sin preocuparse de que esto hiciera chirriar algunas dentaduras. Me pareció que era un gesto genuino para distanciarse de Roger Federer, algo así como proclamar que una nueva era había empezado, sin el toque distinguido del suizo, una era más devoradora e insaciable. Pero el gesto ya es de dominio público y ya no pertenece a nadie, porque ha proliferado en los últimos Mundiales de natación y más aún en los de atletismo. Comerse

la medalla, o simplemente morderla, pasa a ser un ícono gestual que relata una avaricia consentida, plena satisfacción y algo de regresión infantil. A los fotógrafos les gusta y se supone que al público también. Esto explica que, como suele suceder tantas veces con un ícono, ya no estamos ante una reacción espontánea, sino que ahora esta imagen se busca y se fabrica. Esto lo notan los deportistas más tímidos, reacios aún a esta mordida de auto-suficiencia que se rodea siempre de aire festivo. Es un gesto que es íntimo, para dentro, que reniega de toda solemnidad, que ritualiza un estado de ánimo egoísta. Hay fotos de equipos enteros mordiendo sus medallas entre sonrisas, y otros grupos donde se detecta que no todos van a la par. Bryant y Gasol tomaron la iniciativa de la morditura cuando obtuvieron el anillo de la NBA. La atleta Marta Domínguez fue invitada a morder su medalla tras su triunfo en Berlín. Por cierto, esta medalla cuadrada atlética, parece más bien una tarjeta de crédito. Y es que lo es. |